LA CALLE

FRANCISCO MORALES LOMAS

Interior de una vivienda. Tras un encierro de años, las autoridades permiten a los ciudadanos salir.

VOZ 1. Lo han dicho, podemos salir.

VOZ 2. ¿Adónde?

VOZ 1. A la calle.

VOZ 2. No te fíes. Nos engañan.

VOZ 1. Lo dice la televisión. Mira (*Enciende la televisión*). No hay peligro. Han levantado la cuarentena.

VOZ 2. Yo me quedo aquí. ¿Dónde voy a ir ahora? ¿Tú te fías de la televisión? Eres muy ingenua.

VOZ 1. Después de treinta años encerrados hay que salir.

VOZ 2. Estamos bien aquí. ¿Quieres salir del paraíso para entrar en el infierno?

VOZ 1. ¿Estar encerrado te parece el paraíso?

VOZ 2. Tenemos comida, no estamos enfermos, podemos hablar, tenemos la televisión. Fíjate, desde hace treinta años no nos hemos puesto enfermos. ¿Quién te garantiza que fuera no te vas a poner enferma? Fuera siempre te contagian. ¿Cuántos murieron?

VOZ 1. Millones.

VOZ 2. Di la verdad. Murieron casi todos. ¿Por qué quieres salir? ¿A quién puedes encontrar? Todas nuestras amistades están muertas. Todos nuestros seres queridos

están muertos. Aquí estamos mejor. Podemos hablar. ¿No quieres ya hablar conmigo después de treinta años? ¿Ya no me quieres?

VOZ 1. Sí, te quiero.

VOZ 2. Entonces déjate de cantos de sirena y de manzanas que te ofrece la serpiente. Solo quieren que salgas ahí fuera para que vuelvas a consumir, para que compres cosas innecesarias, para que comas cosas contaminadas.

VOZ 1. Tú eres un iluso, ¿piensas que puedes vivir encerrado?

VOZ 2. Ellos son los que están encerrados, en sus dependencias, en sus falsas necesidades, en su absurda existencia.

VOZ 1. Lo absurdo es vivir recluidos.

VOZ 2. Yo no me siento recluido. Tengo todo lo que necesito. Te tengo a ti. Te quiero a ti. Puedo comer, puedo leer, puedo soñar, puedo meditar.

VOZ 1. Siempre fuiste un infeliz.

VOZ 2. Y tú una soñadora.

Se callan. VOZ 2 *enciende la televisión.*

TV. Salgan, diviértanse. Todo está controlado. Nada grave sucederá.

La VOZ 1 *se asoma por la ventana. Observa la calle vacía.*

VOZ 2. No sale nadie.

VOZ 1. No hay necesidad.

VOZ 2. ¿Y la libertad?

VOZ 1. ¿La libertad para qué?

VOZ 2. Nos hemos acostumbrado tanto a la cárcel que tenemos miedo a la libertad.

VOZ 1. Para mí esto no es la cárcel. Es vivir sin necesidades. No necesito a nadie. Bueno sí, los que necesito están en la tele.

VOZ 2. Todo es virtual. Es absurdo. ¿Y abrazar a la gente? ¿Acaso has perdido ya ese sentimiento?

VOZ 1. Te abrazo a ti (*Se acerca con intención de hacerlo, pero ella se retira*). ¿Ya no me quieres?

VOZ 2. Me subleva tu cobardía.

VOZ 1. (*A la defensiva*). Vete entonces. Déjame que me muera aquí como un perro.

VOZ 2. Vivir es sobrevivir. Luchar, enfrentarse a la corriente. Tú en cambio te dejas llevar, te dejas arrastrar. Estás en la infancia de la vida. Adiós.

VOZ 2 *se dirige a la puerta que comunica con el patio de butacas.*

VOZ 1. Acabarás como todos (*Por el público*). Encerrados en un espacio más grande pero siempre prisioneros de algo. Nunca serás libre. Nunca serás una persona.

#NOTAS DE DIRECCIÓN

MARINA GIMÉNEZ DEVESA

El espacio escénico representa el salón de un pequeño apartamento con cocina americana. Al inicio de la escena VOZ 1 está en la cocina, preparando algún guiso y VOZ 2 está en el sofá, revisando su teléfono móvil. Cuando VOZ 2 recibe la noticia de que pueden salir, comienza a prepararse para salir a la calle.

VOZ 1: Mujer, de unos cincuenta y cinco años, atlética, pelo cuidadosamente peinado con dos trenzas tipo boxeadora, indumentaria deportiva de colores alegres.

VOZ 2: Hombre, de unos cincuenta y cinco años, enjuto, de largo cabello canoso, recogido en un moño alto, barba frondosa pero bien cuidada, viste pantalón de pijama y camiseta.

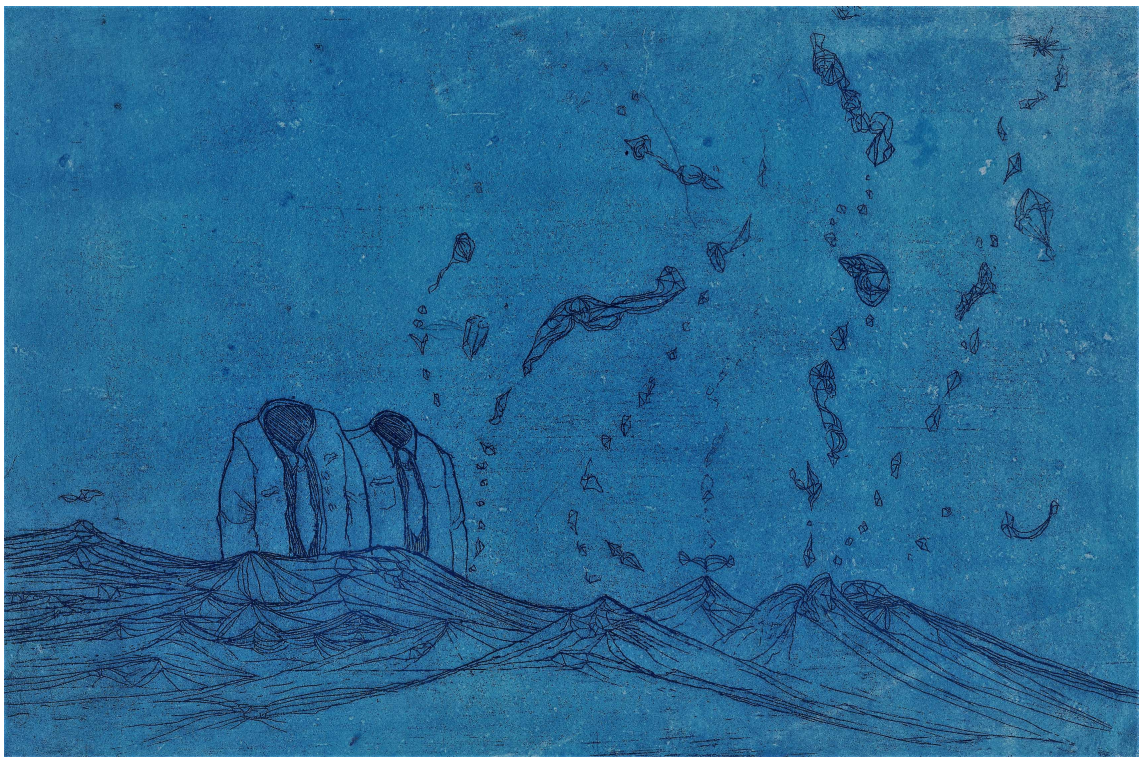

Ilustración: José Tomás Boyano